

LEVANTAR EL VETO

La provincia de Valencia no tiene asociaciones de vecinos. Reiteradamente desde Gobierno Civil han sido interceptados sus trámites, y de hecho, vetada la posibilidad de su existencia legal. Con el nuevo gobernador, Mariano Nicolás García, calificado de liberal, nuevos aires corren. Trece asociaciones de vecinos los están impulsando, pues conocido es que el derecho a asociarse no se concede si no se conquista a fuerza de insistencia. Han lanzado conjuntamente una campaña de legalización rápida de sus estatutos, pues, mientras tanto, los vecinos valencianos se encuentran sin vías representativas para terciar en una gestión municipal en la que los intereses urbanísticos y especuladores están por encima de los intereses de los barrios.

La orquestación de la campaña corresponde a siete asociaciones del casco urbano. Malvarrosa y Nazaret se encuentran en la zona del puerto de Valencia y agrupan a vecinos inmigrantes, así como al tradicional huertano y pescador valenciano. Representativas de barrios tipificados en su larga lucha por obtener unas reivindicaciones urbanas son Benimaclet, Oriols y Torrefiel. La asociación del Barrio del Cristo pertenece a una zona que empezó con el chabolismo, junto al aeropuerto de Manises, y a fuerza de plantas y presiones sobre el Ayuntamiento ha conseguido una mínima decencia urbanística. La de Jesús-Gaspar Aguilar se sitúa en la circunvalación de la ciudad. Existió también la iniciativa de crear asociación en el distrito Botánico, pero a última hora no ha comparecido en esta ofensiva ciudadana. Las otras seis asociaciones, con las que obtenemos el total de trece, pertenecen a la posible área metropolitana valenciana. Se encuentran en poblaciones cercanas a la capital con una futura función de ciudad dormitorio, salvo en el caso de Sagunto. Esta es su enumeración: Parque Alcosa de Alfara, San Roque de Silla, La Forja, La Esperanza y La Victoria del Puerto de Sagunto, y, finalmente, Puebla de Vallbona.

El asociacionismo de vecinos, regulado por el Ministerio de Gobernación, exige un urgente reconocimiento en Valencia. El veto arbitrario de anteriores gobernadores, especialmente de Enrique Ojeda Moltó, ha mantenido coja durante años la gestión municipal. Estas trece asociaciones de vecinos, en trámites de legalización, han buscado entrevistarse con el gobernador y el alcalde para implicarlos en la agitación de esta tramitación. En última instancia, consiste en dar vida legal a los portavoces que pueden representar los intereses de los vecinos, por el momento sin posibilidad de concurrir en la gestión de los problemas que les afectan.

Otro asociacionismo, el familiar, también tuvo sus pegs y cortapisas. Su dependencia de Secretaría General del Movimiento, inexplicablemente le permitió en Valencia, por lo menos, subsistir. A pesar de que la actuación del partido único y las competencias de

Gobierno Civil eran lo mismo. Sin embargo, se constituyeron varias Asociaciones Familiares en algunos barrios, y estas son las que ahora convocan al alcalde para que escuche "in situ" la problemática del barrio. Después de Torrefiel, la convocatoria ha venido del distrito Dehesa.

Esta asociación acogió al alcalde de la ciudad italiana de Bolonia hace unos meses, que cenó en los locales de Dehesa e interpretó un debate urbanístico con otros concejales de su Ayuntamiento (democristianos, socialistas, liberales y comunistas). Estos antecedentes de confraternización europea, trataron de aplicarse a la corporación valenciana. Pero el proyecto tomó otros derroteros. La cita alcalde-barrio quedó a mitad de camino, en el marco del Colegio de los Salesianos. Una pancarta en la Fuente de San Luis decía: El alcalde no quiere venir a nuestra asociación; vecino, acude a Salesianos el viernes. Y allí fueron en manifestación reuniendo en el recorrido a los vecinos que se apuntaban a la convocatoria.

Más de cuatrocientas personas llenaron el local, y un número no tan elevado, pero suficiente, coparon el micrófono puesto a disposición del público para exponer problemas de toda índole. En la presidencia el alcalde, Miguel Ramón Izquierdo, concejales y teniente de alcalde, sin ninguna repre-



Vecinos de la asociación del distrito valenciano de Dehesa durante su reunión: "Durante cuarenta años no hemos tenido más que promesas y muchas veces acompañadas de amenazas".

sentación de la asociación convocante, tomaban detallada nota de los problemas. La secretaria de Dehesa leyó un pequeño informe en el que los problemas urbanísticos de calles por asfaltar, acequias por cubrir y alcantarillas por poner, se unían a la paciente espera de la vecindad: "durante 40 años no hemos tenido más que promesas y muchas veces acompañadas de amenazas, y creo que 40 años ya está bien. Lo que queremos son realidades porque las realidades las pagamos pero no las tenemos."

Los vecinos de la Fuente de San Luis y En Cortes han elaborado un manifiesto, a través de la Asociación Familiar Dehesa, que con el lema "transformar un problema de todos en una fuerza", analiza detalladamente la problemática del distrito en todas sus facetas de planificación, alcantarillado, sani-

dad, zonas verdes y otros pormenores. Situado en una zona donde la ciudad pierde su nombre para llamarse huerta, tiene todos los problemas del barrio campesino que comporte el hábitat con obreros inmigrantes y pequeños comerciantes. El manifiesto concluye en la necesidad de llegar a un Ayuntamiento elegido por los vecinos y que represente sus intereses. Para más inri, el distrito Dehesa tiene un teniente alcalde que con frecuencia vota en los plenos en contra de los intereses de la zona. La actuación de Luis Vives, elegido por tercio sindical, y con residencia fuera del distrito, en las votaciones sobre la solicitud de zona verde para el cauce del Turia y ubicación de Mercadería en el distrito referido han quedado como votos inmemoriales para sus vecinos. ■ JAIME MILLAS. Fotos: FORTEZA Y CHANZA.

RAIMONISMO Y LIBERTAD

Desde las gradas del estadio del Levante, el economista Lluch, profesor de la Universidad de Valencia, se convertía en mi Virgilio por el "infierno" político en que se habla transformado el estadio de fútbol. Treinta mil valencianos —cálculo de taquilla— se aprestaban a escuchar un recital de conjuntos del país, con una segunda parte totalmente protagonizada por Raimon. Se necesitaba un guía como Lluch, porque las pancartas, las banderas, los gritos, ilustraban sobre una ancha y profunda vitalidad política que de pronto estallaba en la noche preñada de presagios de tormenta de verano. Toda la política del Estado y del País Valenciano se traducía en el lenguaje de los gritos y de los símbolos. Incluso el tradicional republicanismo de esta zona hacía que brotaran una decena de banderas republicanas, a manera de incontroladas flores del mal. "¿A que en actos así en Cataluña no hay tantas banderas republicanas?". Lo admito. Por lo demás, los gritos eran equivalentes: **Libertad, Amnistía, Estatut d'autonomía; País Valencià; Viva la clase obrera; Sí, sí, sí, Dolores a Madrid.** Un auténtico, riguroso estremo mundial en cuanto a grito político: **Adolfo, dimitte; el pueblo no te admite.**

La fuerza pública respetaba la isla del estadio donde treinta mil valencianos protagonizaban el acontecimiento político más importante de su larga posguerra. Desde aquellos tiempos en que Valencia se convertía en capital de la República en retirada, no había vivido la ciudad un acontecimiento contestatario de esta envergadura. Una gran autodisciplina en la multitud que se limitó a gritar, cantar, pasear las pancartas por el césped, dejarlas dormidas sobre la hierba como regalos para la libertad de leer del espectador; o encender cerillas, mecheros, octavillas para iluminar la noche bajo la lluvia, cuando las únicas luces eran las de los focos que apuntaban hacia los de Basca, Al Tall, Lluís Miguel y los 4 Zeta o Raimon.

Esta es una impresión de urgencia. Impresión del entusiasmo autocontrolado del público, el silencio casi cómico de la "Valencia oficial" ante el recital, del silencio difícilmente explicable a que los medios de comunicación valencianos habían condenado la convocatoria del acto y, finalmente, del entusiasmo con que la izquierda valenciana acudía a felicitar a Raimon, Exultantes, Joan Fuster, Garcés, Vicent Ventura. Entusiasmo del escultor Alfaro e impresionado

por la composición plástica de los puntos fuego y noche que el público compuso en una espontánea manifestación estética. "Me parece un sueño", repetía Raimon una y otra vez. De hecho a casi todos nos parecía un sueño. De la larga noche franquista llegó un público joven, casi un referéndum biológico que hace inútil cualquier convocatoria de posible referéndum orquestado.

Las comisiones falleras siempre han sido especialmente sensibles al pulso político del país. Sin duda impulsadas por nuevas generaciones, ni perdidas ni silenciosas, quieren descubrir ese país real, todavía oculto para la Valencia oficial y para la Valencia que amordaza sus propios medios de comunicación. La fiesta acabó en una cena tardía, casi de madrugada en los locales de los "falleros" organizadores. Había alegría de fiesta en la velocidad de las palabras, los tenedores y los vasos. Por la ciudad empapada de calor y relente se desperdigaban los últimos racimos de jóvenes agitando las banderas del País Valenciano y un obrero cordobés miraba y remiraba el billete de veinte duros donde se había hecho poner la firma de Raimon. ■ MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN.